

Agatha
Christie®



**EL TREN
DE LAS
4.50**

booket

Agatha Christie

El tren de las 4.50

Traducción de Guillermo de Boladeres



ESPASA

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *4.50 from Paddington* © 1957 Agatha Christie Limited.
Todos los derechos reservados.

El logo del monograma de AC y el icono de Miss Marple son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, MISS MARPLE y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares.
Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso

Agatha Christie®

Por la traducción, Guillermo de Boladeres
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: julio de 2018

Depósito legal: B. 13.415-2018
ISBN: 978-84-670-5299-2
Composición: La Letra, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Mrs. McGillicuddy corría desalentada por el andén tras el mozo que le llevaba la maleta. Era baja y gruesa, y el mozo alto y de paso largo. McGillicuddy iba cargada con gran cantidad de paquetes, consecuencia de un día de compras en la proximidad de la Navidad. La carrera resultaba por lo tanto desigual, y el mozo dobló la esquina al final del andén cuando a Mrs. McGillicuddy le faltaba aún un trecho para alcanzarle en línea recta.

El andén número 1 no estaba en aquel momento excesivamente concurrido, pues acababa de salir un tren, pero en las otras plataformas de la estación se agitaba una muchedumbre en todas direcciones, subiendo y bajando entre aquel piso y el inferior, entrando y saliendo del despacho de los equipajes, de las salas de té, de las oficinas de información y el indicador de horarios, y pasando por las puertas de entrada y de salida que comunicaban la estación de Paddington con el mundo exterior.

Mrs. McGillicuddy y sus paquetes fueron, pues, zarandeados de un lado a otro, pero llegaron por fin a la entrada del andén número 3, donde aquélla dejó un paquete en el suelo para buscar en el bolso el billete, que le permitiría pasar al otro lado del severo guardián de aquel acceso.

En ese momento, una voz ronca aunque nítida empezó a hablar sobre su cabeza.

—El tren del andén 3 —dijo la voz— es el de las 4.50 para Brackhampton, Milchester, Waverton, Carvil-Empalme, Roxeter y estaciones hasta Chadmouth. Los viajeros con destino a Brackhampton y Milchester al final del tren. Los viajeros con destino a Vanequay cambian en Roxeter.

La voz hizo una pausa con un chasquido y reanudó luego su discurso para anunciar la llegada al andén 9 del tren de las 3.45, procedente de Birmingham y Wolverhampton.

Mrs. McGillicuddy encontró y presentó su billete. El hombre lo picó, murmurando:

—A la derecha, parte de atrás.

Mrs. McGillicuddy se fue por el andén y encontró a su mozo mirando al aire con expresión aburrida, frente al estribo de un vagón de tercera clase.

—Es aquí, señora.

—Yo viajo en primera clase —observó Mrs. McGillicuddy.

—Esto no me lo había dicho —gruñó el hombre, recorriendo con la mirada el abrigo a cuadros de mezclilla y corte masculino que ella llevaba, y que le daba una pobre apariencia.

Mrs. McGillicuddy, que en realidad sí lo había dicho, eludió toda discusión. Estaba penosamente falta de aliento.

El mozo recogió la maleta y se dirigió con ella al coche inmediato, donde la mujer quedó instalada en una esplendorosa soledad. El tren de las 4.50 no tenía mucha clientela: los viajeros de primera clase preferían el expreso de la mañana, que era más rápido, o el de las 6.40, que llevaba restaurante. Mrs. McGillicuddy entregó su propina al mozo, que la recibió con desilusión, puesto que la consideraba más propia de tercera que de primera clase. Aunque dispuesta a gastar el dinero en viajar cómodamente tras un trayecto desde el norte y un día febril de

compras, Mrs. McGillicuddy no repartía nunca propinas exageradas.

Se instaló confortablemente en los afelpados almohadones con un suspiro y abrió una revista. Al cabo de cinco minutos sonaron los silbatos y el tren arrancó. La revista resbaló de las manos de Mrs. McGillicuddy, que ladeó su cabeza y tres minutos más tarde se quedó dormida. Tras un sueño de treinta y cinco minutos, se despertó descansada. Colocándose bien el sombrero, que se había inclinado, se enderezó en su asiento y observó por la ventanilla lo poco que podía verse de la campiña que se alejaba, pues ya había oscurecido por completo; el día era melancólico y envuelto en la niebla de fines de diciembre y sólo faltaban cinco para Navidad. Londres había quedado atrás, triste y oscuro; el campo no lo era menos, aunque animado de vez en cuando por algunos grupos de luces, al pasar el tren por los lugares poblados y las estaciones.

—Va a servirse el último té —dijo un camarero, abriendo la puerta del corredor como un geniecillo oriental.

Mrs. McGillicuddy lo había tomado ya en el bar de unos grandes almacenes y, de momento, se sentía perfectamente satisfecha. El camarero continuó por el corredor con su monótona llamada. Mrs. McGillicuddy levantó la vista a la red y miró sus paquetes con complacencia. Las toallas de tocador le habían salido a buen precio y eran exactamente lo que quería Margaret; la pistolita para Robby y el conejo para Jean eran para satisfacerles, y esa chaqueta corta era precisamente lo que ella necesitaba, pues a la vez abrigaba y vestía. Y lo mismo un jersey para Hector... En una palabra, se sentía complacida por el acierto de sus compras.

Su mirada satisfecha volvió a la ventanilla; un tren que corría en la dirección contraria pasó con un estridente ruido que hizo retemblar los cristales y la sobrecogió momentáneamente. Llegó luego el repiqueteo de su pro-

pio tren al pasar por las agujas de una estación que dejó atrás.

De repente, el tren empezó a moderar su marcha, al parecer obedeciendo a una señal. Por algunos minutos se arrastró lentamente, se detuvo después, y por fin arrancó de nuevo. Pasó por su lado otro tren que subía, aunque a menor velocidad que el primero. En aquel momento, otro que seguía también una línea descendente se desvió en su propia dirección, con un efecto que resultó casi alarmante. Por algún tiempo, los dos trenes corrieron paralelos, adelantándose un poco el uno al otro, alternativamente. Desde su ventanilla, Mrs. McGillicuddy miró a través de los coches que pasaban al nivel del suyo. La mayor parte de las cortinillas estaban echadas, pero de vez en cuando sus ocupantes eran visibles. El otro tren no estaba muy concurrido y algunos de los vagones iban casi vacíos.

En el momento en que los dos trenes dieron la ilusión de hallarse inmóviles, una cortinilla de uno de los coches del otro tren se disparó estrepitosamente hacia arriba, y Mrs. McGillicuddy miró el iluminado interior del compartimento de primera clase, que tenía tan sólo a unos pocos metros de distancia.

Inmediatamente sintió que se le cortaba la respiración y se levantó a medias de su asiento.

En pie y de espaldas a la ventanilla y a ella, vio a un hombre con las manos alrededor del cuello de una mujer que se hallaba de cara hacia él, y cómo con lentitud, despiadadamente, estaba estrangulándola. Los ojos de la mujer le salían de las órbitas y su rostro estaba púrpura y congestionado. Mientras Mrs. McGillicuddy observaba fascinada, llegó el final: el cuerpo quedó inerte y se encogió en las criminales manos del hombre. En aquel mismo instante, el tren de Mrs. McGillicuddy volvió a moderar su marcha y el otro la aceleró. Pasó rápido y,

un momento después, se perdió en la oscuridad de la noche.

Casi maquinalmente, la mano de Mrs. McGillicuddy se dirigió hacia la alarma; luego se detuvo indecisa. Después de todo, ¿de qué serviría dar la alarma en el tren en que ella viajaba? El horror de lo que había visto desde tan cerca y las extrañas circunstancias de la escena le hacían sentirse como paralizada. Era necesario tomar alguna medida inmediata..., pero ¿cuál?

Se abrió la puerta del compartimento y el revisor dijo:
—¿Me hará el favor del billete?

Mrs. McGillicuddy se volvió hacia él con vehemencia.

—Ha sido estrangulada una mujer —dijo—. En un tren que acaba de pasar. Lo he visto.

El revisor la miró con expresión dudosa.

—¿Decía usted, señora?

—¡Que un hombre ha estrangulado a una mujer! En un tren. Lo he visto... por aquí. —Y señaló la ventanilla.

El revisor acentuó su expresión de duda.

—¿Estrangulado? —preguntó con incredulidad.

—Sí, ¡estrangulada! Le repito que lo he visto. ¡Debe usted hacer algo inmediatamente!

El revisor tosió, a modo de excusa.

—¿No cree usted, señora, que puede haberse dormido un poco y... ejem...? —empezó a decir con prudencia.

—He dormido un poco; pero si cree usted que esto lo he soñado, está equivocado por completo. Le digo que lo he visto.

Las miradas del revisor cayeron sobre la revista que había quedado abierta en el asiento del coche. En la página más visible aparecía una muchacha a la que estaban estrangulando, mientras un hombre amenazaba con un revólver a la pareja desde una puerta abierta. Con acento persuasivo, dijo el revisor entonces:

—A ver, señora: ¿no le parece que puede usted haber

estado leyendo una historia emocionante y que ha dado una cabezada y al despertarse un poco confusa...?

Mrs. McGillicuddy le interrumpió.

—Lo he visto —dijo—. Estaba tan despierta como lo está usted. Y he mirado por la ventanilla hacia la ventanilla del tren que corría al lado, y un hombre estaba estrangulando a una mujer. Y lo que quiero saber es qué medidas va usted a tomar sobre este asunto.

—Bueno..., señora...

—Usted va a hacer algo, supongo...

El revisor suspiró a su pesar y miró su reloj.

—Estaremos en Brackhampton exactamente dentro de siete minutos. Comunicaré lo que me ha dicho. ¿En qué dirección corría el tren a que se refiere usted?

—En nuestra dirección, naturalmente. No imaginará usted que hubiera podido ver todo esto en un tren que pasara corriendo en la dirección contraria.

El revisor mostró la expresión de un hombre que pensara que Mrs. McGillicuddy era perfectamente capaz de ver cualquier cosa que le sugiriese su imaginación. Pero mantuvo una actitud cortés.

—Puede confiar en mí, señora —dijo—. Comunicaré su declaración. Quizá podría usted darme su nombre y señas... sólo para el caso de que...

Mrs. McGillicuddy le dio la dirección del lugar donde se proponía permanecer en los días inmediatos y la de su residencia permanente en Escocia, y él tomó nota. Se retiró luego con la actitud de un hombre que ha cumplido su deber y salido con fortuna de un episodio difícil con aquella fatigosa representante de los viajeros del tren.

Mrs. McGillicuddy le dio la dirección del lugar vagamente descontenta. ¿Comunicaría realmente el revisor su declaración? ¿O se habría contentado con calmarla? Bien sabía ella que debían de andar por el mundo, viajando de una parte a otra, una cantidad respetable de mujeres de

cierta edad completamente convencidas de que habían desenmascarado complots comunistas, de que se hallaban en peligro de ser asesinadas, de que habían visto platillos volantes y naves que corrían por el espacio, y de que habían presenciado asesinatos que jamás tuvieron lugar. Y si aquel hombre se hubiese desentendido, colocándola en ese tipo de señoras...

El tren estaba moderando su marcha para cruzar algunas agujas y correr entre el brillante alumbrado de una importante población.

Mrs. McGillicuddy abrió su bolso, sacó una factura pagada, que fue lo único que pudo encontrar, y escribió en el dorso una nota con su bolígrafo; enseguida lo metió en un sobre que por fortuna tenía, lo cerró y le puso las señas.

El tren estaba entrando despacio en una población cuyo andén se hallaba muy concurrido. El altavoz anunció entonces:

—El tren que llega ahora al andén uno es el de las 5.38 para Milchester, Waverton, Roxeter y estaciones hasta Chadmouth. Los viajeros con destino a Market Basing deben tomar el tren que espera en el andén número tres. En el ramal número 1 está detenido el tren con destino a Carbury.

Mrs. McGillicuddy observó el andén con gran atención.

¡Tantos viajeros y tan pocos empleados! ¡Ah, allí había uno!

Y lo llamó con ademán autoritario.

—¡Mozo! Hágame el favor de llevar esto inmediatamente al despacho del jefe de estación.

Y le entregó el sobre y un chelín.

Luego, con un suspiro, se echó hacia atrás. Bueno, había hecho lo que había podido. Por un momento se quedó lamentando el chelín... Ciertamente, hubieran bastado seis peniques.

Su imaginación retrocedió a la escena que había presenciado. Horrible, enteramente horrible... Ella era una mujer de temple firme, pero se estremeció. ¡Vaya una cosa extraña, fantástica, para que le ocurriese a ella, a Elspeth McGillicuddy! Si la cortinilla de aquel coche no hubiera acertado a levantarse... Pero esto era, por supuesto, providencial.

La providencia había querido que ella, Elspeth McGillicuddy, fuese testigo de un crimen. Y sus labios se apretaron con una torva expresión.

Se oyeron voces, silbatos, puertas que se cerraban de golpe. El tren de las 5.38 dejó lentamente la estación de Blackhampton. Una hora y cinco minutos más tarde se detenía en Milchester.

Mrs. McGillicuddy recogió sus paquetes y su maleta y se apeó. Su mirada recorrió el andén de arriba abajo. Su conciencia reiteró el juicio anterior: no había bastantes empleados. Los mozos que allí se veían aparecían ocupados en las sacas de correo y en los furgones de equipajes. En nuestro tiempo parecía darse por entendido que cada pasajero cargaría con sus propios bultos. Pues bien: ella no podía cargar con la maleta y el paraguas y con todos los paquetes. Tendría que esperar. A su debido tiempo pudo asegurarse los servicios de un mozo.

—¿Taxi? Creo que alguien habrá venido a buscarme.

Fuera de la estación de Milchester se adelantó hacia ella un conductor de taxi que había estado observando la salida. Y le habló con voz suave y acento local:

—¿Es usted Mrs. McGillicuddy? ¿Va a St. Mary Mead?

Mrs. McGillicuddy confirmó la identificación. El mozo fue recompensado espléndidamente. El coche con Mrs. McGillicuddy, la maleta y los paquetes se alejó en la oscuridad. Era un trayecto de quince kilómetros. Tiesa en su asiento, Mrs. McGillicuddy era incapaz de relajar su tensión.

Sus sentimientos esperaban con ansia el momento de manifestarse. Por fin, el taxi entró en una calle de pueblo familiar y alcanzó su destino; Mrs. McGillicuddy se apeó y siguió el camino enladrillado que conducía a la puerta. Al ser ésta abierta por una camarera de edad madura, el conductor del coche depositó los bultos en el interior. Mrs. McGillicuddy atravesó directamente el vestíbulo hasta la puerta abierta de la sala de estar, donde la esperaba la dueña de la casa, una dama de cierta edad y de delicado aspecto.

—¡Elspeth!

—¡Jane!

Las dos mujeres se besaron y, sin más preámbulo ni circunloquio, Mrs. McGillicuddy estalló, diciendo con voz quejumbrosa:

—¡Oh, Jane! ¡Acabo de ver un *asesinato*!